

San José, Costa Rica

1925

Lunes 8 de Junio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *La Democracia en América*, por Manuel Ugarte.—*Un Congreso de escritores*, por Luis Araquistain.—*Un Congreso libre de trabajadores intelectuales*, por Leopoldo Lugones.—*Una carta desconsoladora*.—*Optimismo*, por José Vasconcelos.—*Datos marginales*, por Pedro Emilio Coll.—*Palabras de loco*, por A. H. Pallais.—*Tablero*.—*Poemas inéditos* de Jaime Torres Bodet.—*En El Salvador se crea el Día del Niño*.—*Saultri*, episodio del MAHABHARATA.

La Democracia en América

Carta a la Juventud

PARA las nuevas generaciones que, ajenas a los apasionamientos y a las incidencias de cada región, examinan las corrientes que después de la guerra han empezado a difundirse en la América Latina, nada es motivo de tanto desconcierto como la tendencia a transformar en teoría política aplicable a nuestras repúblicas el retroceso accidental de algunas naciones de Europa.

Como el movimiento entraña un peligro innegable por la misma buena fe de los que lo propician creyendo preservar los destinos colectivos, y como los fenómenos que se advierten en algunas zonas pueden ejercer influencia sobre las demás, conviene tener presentes los fundamentos al rededor de los cuales debe girar la vida de nuestra América.

La América Latina es una fuerza nueva que va hacia el porvenir.

Las sociedades han pasado gradualmente de la obediencia a la libre disposición de sí mismas, del obscurantismo a la libertad, con ayuda de una evolución laboriosa que fué transformando su propia esencia. La difusión de la cultura, la inquietud de las responsabilidades, acentuaron derechos y deberes, haciendo florecer un ideal, constantemente ampliado, de elevación y de felicidad humana. Estas conquistas dolorosas y difíciles, fruto de tragedias sangrientas y memorables inmolaciones, constituyen algo irrevocable; y todo lo que tienda a volver hacia lo ya vivido, a remontar el curso de la historia, a interrumpir el ritmo del progreso, sólo conseguirá arremolinar las aguas peligrosamente.

Lo que es aplicable a todos los pueblos, resulta más categórico en nuestras democracias nuevas.

Las naciones de Europa tienen, después de todo, un punto de partida feudal. El viejo fermento autoritario ha seguido palpitando a través de las concesiones de la monarquía, que, para prolongar su existencia, tomó a veces engañosos ropajes constitucionales. Mirándolo bien, la brusca crispación de un

residuo persistente, sólo marca los estertores del sistema que no se resigna a morir.

Pero en América ocurre todo lo contrario. Nuestras patrias jóvenes brotaron de una rebelión contra la idea dinástica. Sus cimientos fueron edificados sobre principios y constituciones republicanas. Toda tendencia al predominio de una minoría, o al auge de un gobierno fuerte, equivale a incorporar elementos discordantes que contrarian la lógica de nuestra evolución.

Esto no significa negar que ha habido en el curso de la historia latinoamericana penosos momentos en que la ley escrita fué anulada por los caudillos. Pero estos recuerdos de luto y de miseria son los que con más fuerza se oponen a toda reacción. Si hay pueblos que deben estar escarmentados del autoritarismo, son los nuestros, que tan duramente lo lloraron en el pasado, o tan amargamente lo soportan aún en ciertas regiones.

Las repúblicas de la América Latina, democráticas por las leyes y por la composición nacional, no pueden tender a crear a destiempo privilegios anacrónicos, sino a perseguir la ampliación de las fórmulas libertadoras, afrontando cuantos desarrollos económicos y filosóficos conducen a las hipótesis nuevas. Porque no es posible olvidar que el gobierno de un hombre, o el de una minoría—que ya han existido entre nosotros en forma de trampa o de imposición—marcaron siempre, en la geografía y en el tiempo, las zonas y los momentos de más hondo atraso y de mayor infelicidad colectiva.

Sólo se enaltece a la Patria con ayuda del sufragio universal.

Al margen de los teóricos, las incidencias de actualidad pueden ser usufructuadas por las oligarquías para robustecerse, y por los veteranos de la reelección para perpetuarse, basándose, éstos y aquéllas, en la aparatosa necesidad de defender la salud de la patria. Conviene evitar que, bajo apariencias de